

VII

UN DOCUMENTO PARLAMENTARIO



UE en el seno de la Comisión informadora no habrá reinado todo el respeto y consideraciones mutuos, que para tales casos se requieren, despréndese del talante de las señoras comisionadas al entrar en el salón del trono. Allá está Fosforita, la de los espejuelos, que lleva roto uno de sus preciosos cristales, coincidiendo el foco de fractura del *flind-glass*, con un chichón *cardenalicio* en la órbita, de tal tamaño y figura, que cualquiera podría leer entre renglones la palabra *puñetazo*. Ahora aparece la representante del sentido del gusto, con una muela sangrienta entre los labios. *Pudenda*, la imberbe secretaria, trae entre manos un jirón

de su vestido magenta, procedente de la región anterior del pecho, cuyos turgentes hemisferios revelan al desnudo el desgarrador percance. No se observa novedad en la Trauma: se conoce que, en las primeras y segundas de activa en que habrá intervenido, habrá sido más bien *sujeto* que *predicado*. Hasta la presidenta, doña Semifusa, ostenta graves indicios de que ha habido *zafarrancho de combate*. Su batuta está en dos pedazos, á pico de flauta; noto además que tiene desgarrado y ensangrentado el lobulillo de la oreja izquierda, habiendo perdido el pendiente... ¿Habrán mediado tirones eficientes de este desgarro cruento?

Es probable que, apremiando el tiempo, se habrán hecho las paces á última hora, después de los desahogos del mal humor. El documento que se va á leer será muestra de que ha sido redactado *cálamo corriente* y á gusto de la presidencia.

Ya está la Asamblea en orden. Todas las *siestantes* se van despabilando, unas espontáneamente, otras por ajeno estímulo.

LA PRESIDENTA.— Continúa la sesión... La señora secretaria leerá el Dictamen de la Comisión.

PUDENDA (*leyendo*). — «Dictamen razonado que emite la sección estética de *Ultrafrenia*, para dar los fundamentos clásicos de la *Gran Locura*,

que se celebrará en *Nueva Cerebrópolis*, según decreto de la Junta Revolucionaria, de 30 de Octubre de 186...

» Es indudable que todas las ideas son hijas de sensaciones. Donde no ha habido sensaciones, no son posibles ideas; donde no hay ideas, no puede haber juicios; donde no se forman juicios, no caben razonamientos, ni voliciones, ni expresiones del movimiento voluntario: *ergo*, la sensación es la *materia prima* de toda la industria cerebral; *ergo*, no existen *ideas innatas*. ¡*Ideas innatas!*... Los que las inventaron hicieron una verdadera *limonada psíquica*, *ad gratum saporem et ad usum stultorum et imbetilium*. Confundieron lo *abstracto* con lo *innato*. Demostración: lo *infinito* se forma de la idea de lo *finito* — que da toda sensación cuando empieza y cuando acaba, — y de la negación — que crea toda sensación cuando cesa de existir. — Mézclese y agítese *secundum artis, regulæ*... y tendremos la idea de lo *infinito*.



» ¿Es esto innato? ¿Tienen esta idea los niños al nacer? Si la tienen ¿por qué no la expresan? Y si no la expresan ¿por qué decir que la tienen?

» Para ser buena una *Locura*, ha de tener fun-

damentos fisiológicos; de lo contrario, resultaría una *Demencia*. De donde se deduce que, tratándose de hacer una locura formal, una locura *de tomo y lomo*, es indispensable hacerla partir de las sensaciones. En esto la Junta Revolucionaria ha dado muestra patentísima de que sabe dónde le aprieta el zapato y dónde tiene la mano derecha y, en fin, de su extraordinaria competencia, pues ha llamado primero que á nadie á las *Alucinaciones*. ¡Aplaudidos sean sus talentos y quede consignada nuestra gratitud por la justicia con que se nos ha tratado!

»Viene ahora la cuestión delicada de cuál de los distritos estéticos debe ser el primero en orden y categoría en la función frenopática que



se prepara. Si el asunto fuese hígido — de sanidad de la mente — no sería disputada la preferencia á las ópticas y tampoco lo fuera si se tratase de una *locura alcohólica*, movediza, formada de sapos y culebras, ratones y sa-

bandijas, lucecitas, figuritas y fantoches que no paran de correr, saltar y bailar. En casos tales, la preeminencia de las alucinaciones ópticas es incuestionable. Pero el caso presente lo es de

estupor, y de *estupor melancólico*, con el delirio y zarandajas colaterales y subsiguientes, y aquí las acústicas han sido, son y serán siempre las primeras.

»Esto sentado y admitiendo que las Alucinaciones somos *sensaciones sin objeto*, como dijo una ilustre *Ardilla* ²²; *sensaciones sin excitante funcional*, ó, si se quiere, *sensaciones que nacen y crecen espontáneamente en el encéfalo*, no se puede perder de vista que, si bien nuestro primer origen no se halla en las regiones intelectivas, tenemos con ellas las relaciones más íntimas y hasta vínculos de familia. De donde se colige que, para el acierto en nuestra obra, es indispensable contar con el concurso de las potestades de la *Inteligencia*. Nuestro trabajo deberá, pues, ser *psico-sensitivo*.

»¿No tenemos en el Distrito intelectual, cada una de nosotras, los grandes almacenes, con armarios, vitrinas, estantes, cajones, cajas y cajitas de la *Memoria*? ¿Cómo habrían de faltar-nos materiales bien elaborados, para preparar los que sean indispensables para hacer un *buen delirio*, con todas sus consecuencias?

»Importa, pues, presentar un contingente *alucinatorio* elemental de primera mano. Éste lo produciremos nosotras solas. Pero luego hay que añadir labores más acabadas, labores *psico-sensitivas*, formadas de *recuerdos*, que no habrá

más que bruñirlos un poco, para hacerles sacar el brillo de *actualidad*, que es de rigor en nuestros artefactos.

» Así, pues, habida razón de estas consideraciones y teniendo en cuenta el estado *frenopléctico* que queda estatuido en Cerebrópolis, el Programa alucinatorio de la Locura que se proyecta consistirá:

» 1.º A las ocho de la noche, repique general de campanas, tocando la *Marcha de los difuntos*.

» 2.º Dos docenas de curas, muy feos, de grueso abdomen y cogote de tres repliegues, cantarán el *Dies iræ*, ante un ataúd abierto, del cual se levantará una momia, con los brazos en cruz.

» 3.º Una docena de esqueletos ejecutará la *Danza Macabra*, al son de la gaita gallega, que tocará el demonio que gime á los pies del Arcángel San Miguel.

» 4.º Un embozado misterioso, echará polvos, misteriosos también, en los manjares y bebidas que se destinen al interesado. *Ptialita*²³ cuidará de que á éste todo le sepa á carne de cementerio y á tripas de gusano.

» 5.º Sonarán, varias veces al día, las trompetas del Juicio final; aparecerá el valle de Josafat, poblado de calaveras, que se ejercitarán en la masticación *en vilo*; fémures con casaca, darán el brazo á tibias con sayas y abanico.

» 6.º Habrá retortijones de tripas; correrán

serpientes en los intestinos, haciendo sonar el cascabel á toda orquesta.

»7.º Un gusano roedor se meterá en el ventrículo izquierdo del corazón; la carcoma que fabrique, correrá con la sangre para sembrar remordimientos en todas partes y dar angustias en el epigastrio.

»8.º El cielo estará cubierto de nubes cenicientas; soplará viento de levante, que helará las carnes y hará crujir puertas y ventanas.

»9.º De vez en cuando se presentarán jueces togados, con séquito de alguaciles, mozos de la Escuadra y Guardias civiles. En las escenas más adelantadas se verá el cadalso, y el verdugo junto al garrote.

»10.º Una muchacha bonita, de catorce á quince años, irá palideciendo y encanijándose á la vista del interesado; ella le pedirá agua, y aun cuando el río estará cerca, aquél no tendrá aliento para extraer un vaso y dárselo á la niña mu-
riente de sed.



» 11.º La niña le dará una rosa; el interesado irá á besarla y olerla: sus labios serán picados por espinas y sentirá olor de ruda mezclada con gangrena.



» 12.º Se presentará un bosque seco exornado de encinas deshojadas, de cuyas ramas muertas colgarán cuerdas de cáñamo con nudos corredizos, algunos de ellos provistos del respectivo suicida; voces de éstos repetirán: «¡cuélgate, cobarde, cuélgate!»

» Tal es el Programa de la parte estética que Alucinaciones é Ilusiones de todos los distritos ultrafrénicos tienen la honra de proponer á la Muy Poderosa Junta Revolucionaria, pudiendo asegurar que se ha hecho cuanto se ha podido y que todas se hallan dispuestas á aportar nuevos materiales, cuando se estime conveniente variar el plan de la Locura que ha sido concebido.

» Nueva-Cerebrópolis, 30 de Octubre de 186...

» ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia!
¡Viva la gresca!

» *Á la Muy Poderosa Junta Revolucionaria de
Ultrafrenia.* »

Terminada la lectura, la secretaria apura de un sorbo un vaso de vino de Oporto. La Presidenta dice:

— Señoras: suponiendo que no habrá oposición al luminoso Informe que se acaba de leer, se da por suficientemente discutido, votado y aprobado por unanimidad. Se levanta la sesión. Cada mochuelo á su olivo. Pepa Trauma y sus adláteres cuidarán de despejar el salón.



VIII

LAS VESANIAS



No he tardado en darme razón de la impaciencia de la Presidenta para llevar á efecto el despeje del salón: la Junta Revolucionaria estaba hacía rato en la antecámara aguardando á que terminara la Asamblea de las *Alucinaciones*, para ocupar á su vez el aposento principal y entrar en funciones de poder ejecutivo.

Semifusa tomó el documento parlamentario, firmólo y rubricólo, con la secretaria; púsole un sobre, dirigido á la *Presidenta de la Muy Poderosa Junta Revolucionaria* y lo dejó en la mesa. Hecho lo cual, Presidenta y secretaria salieron las últimas, y apenas hubieron tras-

puesto la puerta principal, entraron por la de la antecámara los miembros de la Junta Revolucionaria, que son las *Vesantias*.

Considero tarea superior á mis fuerzas un retrato á vuela-pluma del concepto general de las *vesantias*; son entre sí tan diferentes y tan radicalmente antitéticas, que toda generalización sería por extremo difícil. No cabe, pues, una descripción fundada en sus rasgos físicos, y si algo se puede intentar es la abstracción comprensiva de los rasgos biográficos que las son comunes.

Coinciden, en efecto, en un hecho: en *no saber lo que se hacen*; son inconscientes de sí mismas: imposible pedirles responsabilidad de sus propios actos. Estos son obra de impulsos irracionales: sus obras están fuera de razón.

De ellas se ha dicho que *no raciocinan*: error crasísimo y de muy fatales consecuencias. *Raciocinar* es lo mismo que *discurrir*; *raciocinio* y *discurso* son sinónimos. Pero, no todo el que *raciocina* está en el uso de la *Razón*. *Razón* es la salud de la mente. La mente sana *raciocina*, pero también *raciocina* la mente enferma. La mente sana *discurre* sobre motivos verdaderos; la mente enferma *discurre* sobre motivos falsos; son sus fundamentos *errores morbosos*. Puede equivocarse en sus discursos la mente sana porque aquéllos tengan por base el *error*; pero

hay una gran diferencia entre el error normal y el morboso: aquél se disipa con la instrucción y la experiencia; el *error morboso* es insoluble en todos los líquidos é infusible á las más altas temperaturas de la Lógica. El uno es blando y maleable, el otro es duro y tenaz. Quien merece el nombre de *testarudo*, es casi un loco.

Piensen algunos que no hay lógica en la *chifladura*: otro error, debido á falta de observación. He conocido dos *Emperadores del Universo mundo*: el uno vestía, sin escrúpulo, la modesta blusa del obrero, calzaba alpargatas y ceñía su cabeza con un pañuelo anudado en la frente. En su alta dignidad, no se desdeñaba de aliñar los estrados del asilo. En lo mejor de la faena, empuñaba la caña de la escoba cual si fuera un cetro y mandaba recio sobre sus innumerables vasallos. El otro *Emperador* sufría el secuestro que le imponían monarcas envidiosos de sus glorias; jamás decayó su espíritu. No quiso aceptar la libertad que diz le ofrecían sus enemigos. Quería conquistársela con su propia espada. Todos los días expedía decretos, que autorizaba con su sello. Nadie pudo verle desnudo ni mal vestido.

El primero era un emperador *ilógico*; el segundo seguía el curso de una *chifladura* del todo conforme con las reglas del portentoso arte de discurrir con chichonera y andadores, cuyos

elementos aun hoy día se explican en los Institutos de Segunda Enseñanza, al lado de otra asignatura arqueológica: la *Psicología*.

Lector: paréceme que me voy poniendo serio y en camino de fatigar tus nobilísimas facultades. No me tomes por maestro, que nada podría enseñarte;... quiero y debo atenerme á mi modesto cometido de cronista, y voy al caso de mis apuntes.

No me son del todo desconocidas *las* miembros de la Junta Revolucionaria que han entrado en el salón: eran visitas de mi casa, en determinadas circunstancias, y solían portarse de manera circunspecta — quiero decir, que nunca hicieron demasías. — Desde que se han hecho *Vesantias*, se habrán extralimitado y ya podrán arder en un candil.



Esa que se sienta en el sillón contiguo al de la Presidencia y que apoya la cabeza sobre el antebrazo, á su vez aplicado á la mesa, es doña *Angustias*.

La que va como movida por empellones,

corriéndose hacia el sillón central, mirando embobada á derecha y á izquierda, y que para tomar asiento necesita de esfuerzo extraño, es doña *Psicofrígida* ²⁴.

La tercera en concordia es doña *Psicocálida* ²⁵, nombre que le sienta al pelo, pues su cuerpo de criolla arde como el purgatorio. Su vida es un no parar. Habla á destajo; su boca es un raudal; no hay dique para sus ríos de palabras: adolece de *logorragia* permanente. Cuando para de hablar, es que grita, ladra, aúlla ó muerde. No tiene manos sino para rasgar, romper ó pegar... ¿Pegar?... Pega más que goma tragacanto.

Es un demonio,
Es una arpía,
Es una furia,
Una *Manía* ²⁶.

La cuarta, que va á sentarse en el segundo sillón de la derecha, es la señora *Baronesa del Cogollo*. Hace mala letra cuando habla y tiene la escritura tartamuda. Posee muchos millones de billones... entre lengua y labios. Es muy guapa... en un cuarto oscuro y además talentuda improvisada.



Ahora mismo, ya que no puede disponer de otros más altos, va á ponerle á su amante los cuernos de la luna. Las demás vesanias la miran con malos ojos, pues dicen que no es del gremio. Por befa cántanle una canción que dice:

Resultó en último análisis,
que era su vigor parálisis.
Y en dama tan principal
Parálisis general ²⁷.

Aquella que entra arrimada á la pared, *escuriendo el bulto*, es doña *Persecuciones*. Mirar receloso, cuerpo flacucho, andar arrítmico, ora encogida y pasito á paso, ora corriendo en busca de un escondrijo ó de una atalaya. Su voz es baja; habla poquísimo, por no comprometerse; se espanta de su propia sombra; de vez en cuando se mira aterrorizada las manos, porque *los dedos se le antojan huéspedes*. Está siempre en acecho y ausculta sin cesar el espacio. Todo cuanto se dice y hace es por ella y contra ella. No come ni bebe por temor al veneno universal. Jesuitas ó masones son sus enemigos implacables. No perdonan medio de perderla... El día en que sepa quiénes son sus enemigos, tomará venganza ruidosa; por no morir á manos de enemigo, se extrangulará ó se arrojará al río.

He aquí, lector, los cinco miembros de la

Junta Revolucionaria, que hoy impera y manda, hace y deshace en Nueva-Cerebrópolis. Cuatro de éstos, doña *Angustias*, doña *Psicofrígida*, doña *Psicocálida* y doña *Persecuciones*, son *vesanias* por derecho propio; en cuanto al otro miembro, la señora *Baronesa del Cogollo*, hay mucho pleito: según unos, es una verdadera *vesania*, pues tiene delirio propio, curso propio y lesiones propias; pero opinan otros que, más bien que *chifladura*, es *Demencia de nacimiento*, y por consiguiente, debe ser considerada como exótica en *Ultrafrenia*, siendo *Oligofrenia* ó *Afrenia* su verdadera nacionalidad. Cuando se haga un nuevo padrón, quizás se hará justicia á estas aspiraciones de las *vesanias*.



Llega disparada doña *Psicocálida* á la mesa presidencial, y descarga tan tremenda manotada en ella, que levanta en alto el tintero, derramándose su contenido sobre la carpeta del *Informe*.

Doña *Angustias*, que ya tiene bastante con las suyas, en presencia de este exabrupto, pro-

rumpe en tales alaridos de dolor, que no parece sino que le están arrancando una entraña. A la pobre *Psicofrígida*, ya de suyo embobada, el estruendo la hace el efecto del trueno gordo:



quédase con la boca abierta, los ojos abiertos, las manos abiertas, las piernas abiertas... y más abriera, si más tuviera por abrir. Doña *Persecuciones*, como gato escamado, se pone á la defensiva debajo de un sillón; la *Baronesa del Cogollo*, tomando á broma la acción de doña *Psicocálida* y queriendo repetir el puñetazo, levántase, con mucha pena, del sillón, se tambalea y da de bruces en la mesa, causándose un chichón en la nariz y una epistaxis, sin consecuencias.

Doña *Psicocálida* saca partido de las penalidades de doña *Angustias*, del terror de doña *Psicofrígida*, del miedo de doña *Persecuciones* y de la epistaxis de la *Baronesa*, para soltar la sin hueso, con la ronca voz que la caracteriza.

— Voto al *plexo coroides* y al *espolón de Morand*²⁸, que la han de pagar cara las malditas. ¡Tanto tiempo, tanto ruido para hacer un programita! ¡Programitas necesito yo para mis negocios!... Me basto sola. Donde quiera me acompañan mis valientes *Delirios* y mis invenci-

bles *Impulsos*. De lo que á veces pecho es de sobra de bondad. ¿Por qué había de consentir yo en lo del *estupor*, que me cohibe de todo en todo? ¿No era de mucho más efecto una *Locura* de las mías, una *Manía aguda*, con *repiques de delirio y furor*, que hubiera podido llegar hasta el homicidio? Esto era lo procedente. No como ahora, que me veo precisada á hacer las cosas para mí más difíciles: callar y estarme quieta... Diga usted, doña Badulaque, ya que le han dado la presidencia de la Junta Revolucionaria — porque el sujeto fué chiflado de repente, — ¿qué piensa usted hacer con el plan de las Alucinaciones?... Haga usted su santa voluntad; pero acabe pronto, que yo tengo prisa y espero turno.

Doña Angustias se suena con la punta del negro manto que la cubre de la cabeza á los pies, y con voz desfallecida y palabra entrecortada por suspiros, dice:

— Sólo tengo hipos y suspiros: no tengo lágrimas. Llorar de seco... mala cosecha de consuelos. Me oprime la garganta un nudo; siento otro nudo en el estómago, que me quita el apetito. Cerrado está mi vientre; seca mi piel, veo la pena y me solazo en ella... la devoro. No; que no me quiten las penas; por ellas gimo y lloro; pero no podría vivir sin ellas. Compadeced de mí; pero compadeced más á Psicofrígida, mi amada prima hermana. Siente, como

yo, las penas; pero no la es dado el desahogo de contarlas. Está encadenada con sus mismos nervios. No puede hablar... Yo hablaré por ella. Soy su más próxima parienta. Venga el pliego.

Lo toma, lo abre, lo lee de la cruz á la fecha, no sin que doña Psicocálica dé palpables muestras de impaciencia, ni sin mucho recelo de doña Persecuciones, quien se figura que el documento es una delación en contra suya. La señora Baronesa se pasa el rato arrancándose pellejos de los labios, que, soplando, echa al viento á medida que adquieren forma de virutas, entre sus dedos, y á proporción que salen va diciendo:

— Vale un millon;... dos millones;... tres millones;... deuda consolidada.

— Está bien, — dice doña Angustias, — está bien... Es un buen trabajo... Deberemos auxiliar á mi prima yo y doña Persecuciones.

— Eso no... — dice esta última. — Esto es la obra de la Masonería... ¡Jesús! ¡qué descarga de electricidad me han echado en la espalda los malditos!

— Usted, cuando quiera, — replica doña Angustias, — podrá cooperar en la Gran Locura. Esté convencida de que no hará mal papel y será siempre bien recibida. En cuanto á mí, prometo auxiliar á mi prima con alma y vida... ¡*Psicofrigidita!* hija mía, ¿no te parece bien?...

Si no puedes hablar, haz á lo menos un gesto con los ojos ó con la cabeza... Ya ven ustedes que afirma y consiente... En su nombre digo, que este Programa debe ser aprobado por la Junta y luego transmitido á los Delirios é Impulsos, para que lo pongan por obra... ¡Ay!... no puedo más;... las fuerzas me abandonan;... ¡No me repliquéis!... Tengo ganas de llorar...

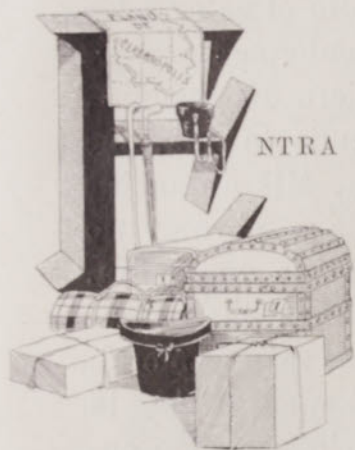
Al pie del documento escribe doña Angustias lo siguiente:

«Visto Bueno... Pase á los Delirios é Impulsos, para su cumplimiento y efectos oportunos... — Nueva-Cerebrópolis 30 de Octubre de 186... Por la Presidenta de la Junta Revolucionaria, que no puede firmar... Angustias...» Lugar del sello.



IX

LORD SPLEEN



NTRA en escena un personaje principal. No se escame el lector: es un inglés. Inglés *pur sang*; inglés de las orillas del Támesis; nacido y criado en la nebulosa Albión; de esos ingleses tras-humantes, que antes dan que piden dinero: es Lord *Spleen*.

Tiene muchas tierras en Irlanda y dinero en todos los Bancos del mundo. Con cuidar de su patrimonio tendría ocupación más que suficiente; pero necesita la mayor parte del año para otra tarea que le apremia: pasear su melancolía. Es *touriste enragé*: un judío errante.

De vez en cuando visitaba mi palacio: venía á buscar consuelos para su desabrimiento. Esco-

gía los días de lluvia con viento de Levante. Como temía perder la Razón, Yo le garantizaba que mi amistad no había de faltarle nunca. Ahora le veo en *Ultrafrenia*: seguramente va en busca de emociones en que desleir el mal humor. Véole ahora, como antes, entregado al soliloquio.

— Triste, muy triste estoy... ¿Estaré loco?... Soy rico, joven, afortunado en negocios... y me siento infeliz. Quisiera gozar de la vida, y la existencia me aburre. Les envidio el valor á los suicidas. Lo que más temo es enloquecer... ¡y vengo al país de la Locura! Quiero distracción, bullicio, alegría; pero me ofende la luz, me apesadumbra la felicidad ajena. Mis angustias aumentan en la soledad y en la sombra, y no busco sino oscuridad y huyo de la compañía. Amo á la alegría y me encamino á la tristeza. No deliro; conozco la realidad de mi ser moral. Conozco que no está sana mi mente. Soy la *Melancolía sin delirio*... Sin delirio, ¿y temo enloquecer?

Olvidaba decir que el personaje cuyo retrato moral acabo de esbozar, se ha colado de rondón en mi ex palacio, ignorando, sin duda, mi destierro y seguramente me estará buscando por la casa, que conoce al dedillo, pues, como llevo dicho, solía frecuentar mi trato.

Poco he de añadir para completar el retrato

de Lord *Spleen*: estirado, esparragíneo, como un inglés; rubio, como un inglés; pelaje á la inglesa; gorra blanca, de doble visera, de turista; en cada mano un maletín; debajo del brazo un paraguas, y oblicuamente ceñido al pecho, el correaje del binóculo con su correspondiente funda.

Llegado á la mesa del salón, — en este momento vacío, porque las vesanias acaban de salir, — el inglés se alivia de su numerosa *impedimenta*, dejándola sobre el mencionado mueble... Ve el tintero...

cae en la idea de que un buen inglés, aun estando triste y en vías de suicidio, no debe ni puede dispensarse de tomar apuntes de viaje. Saca, en consecuencia, de lo más profundo del más íntimo de sus numerosos bolsillos un enorme *carnet*... Temí al pronto que me caía un competidor para mis MEMORIAS DE ULTRAFRENIA...; presto salí de



mi zozobra... Lord *Spleen* echa de ver el pliego, ó documento oficial, que, esperando el secamiento de la tinta, aun palpita sobre la mesa. Su primer impulso es enterarse... La educación inglesa no consiente la curiosidad indiscreta... El noble Lord suelta el papel... A buen tiempo, porque en aquel instante vuelve á entrar Angus-



tias, en busca del interesante documento, para hacerle llegar á su destino.

A la vista del inglés, la Vesania queda aún más sobrecogida. — Casualmente los *ingleses* tenían mucha participación en la historia de sus aflicciones.

Lord *Spleen*, que en la recién llegada reconoce á quien más teme, la Locura, pierde el sentido.

Cada uno en un sillón, dos sillones contiguos: desmayado el caballero, sobrecogida la dama... ¿Quién socorre á quién?

La primera en reponerse es la señora... Prueba clara de que no es la primera vez que le dan sustos los *ingleses*.

— Caballero, — dice, — no os debo nada;... aun el plazo es largo... No me apremiáis á tiempo... Pero ¿os habéis puesto malo?... ¿Qué es eso? ¿Teméis de mí?... Serenaos... No os quiero mal... Al contrario, quisiera serviros... Me interesaréis... El desmayo os sienta perfectamente.

— Señora, — dice con voz desfallecida el inglés. — Por lo que veo, somos tal para cual... No nos hemos comprendido, porque el miedo recíproco nos lo impidió: vos estáis afligida, yo estoy triste... Quería ver al amo de la casa.

— ¿Ignoráis?... Don Eulogio está ausente, fugitivo... ¿No sabéis lo que pasa?

— ¿Por quién me tomáis?

— De pronto por un inglés;... pero desde que sois tan bueno, puesto que no me pedís nada, creo que sois un *Delirio*.

— No, por Dios, y él me libre de perder la chaveta... Y vos, ¿quién sois?

— Soy Angustias, la más afligida de las *vesanias*.

— Pues yo soy *Spleen*, el más contristado de los entes de razón.

— Pero, ¿sois ó no un *Delirio*?

— Repito que no; es más: nada me aterra tanto como la locura.

— Entonces este documento no podría interesaros.

— ¿Qué es?

— El programa de una *Gran Locura* que va á celebrarse en *Nueva-Cerebrópolis*, según decreto de la Junta Revolucionaria, de la cual soy, aun cuando indigna, un miembro.

— Me espantáis... ¿Qué ocurre?

— Pues... que estamos en plena *chifladura*. La capital se ha declarado en estado de estupor... Están cerradas todas las salidas... Pronto va á principiar la gran fiesta. Pasad los ojos por este documento.

El inglés lee, y á proporción que avanza, pierde el color, que ya había vuelto á asomar en sus labios.

— ¿No podríais, pues, encargarnos de este papel y hacer cumplir lo que se ordena?

— En modo alguno... Por mi parte, digo: «enterado, y á más señores.» Y vos, doña Angustias, quedad con ellas, que yo me escuro. Buscaré donde esconderme

mientras dure el trancazo, si no hallo un escape para mi apuradísima persona.

— Entonces, voy á convocar por teléfono á los *Delirios* y á los *Impulsos*.



Doña Angustias se dirige al fondo del tálamo óptico; abre una portezuela y se introduce en la *cápsula interna*²⁹, oficina telefónica, desde la cual se pone en comunicación con todas las circunvoluciones cerebrales, donde residen los *Delirios*, y el *cuerpo estriado*, donde habitan los *Impulsos*. Como no ha cerrado la puerta de la oficina oigo, desde aquí, lo que dice doña Angustias.

— *Delirios é Impulsos*: redactado el programa de la *Gran Locura*, esta Junta lo ha aprobado en todas sus partes. Quedáis convocados, para las ocho de esta misma noche, para llevar á cabo nuestras órdenes. En el cajón principal de la mesa hallaréis el documento en debida forma.

.....

Son las diez de la mañana: faltan aún catorce horas para que principie el cónclave de los *Delirios é Impulsos*. Aprovecharé el tiempo para allegarme noticias de *Extra-Cerebro*.



NOTICIAS DE EXTRA-CEREBRO



TREPIDACIÓN, ruido de un vehículo de cuatro ruedas, tirado por dos caballos, frecuentemente fustigados, según menudean los chasquidos de la tralla. Cuatro voces diferentes, que indican otras tantas personas en el carruaje;...

hablan poco; alguno gime ó llora... Subir una cuesta, según se repite el ¡hip! ¡hip! del cochero;... parada y descanso, después del chirrido de los goznes y vibración de los hierros de una verja: he aquí las primeras impresiones que á mí llegan por la vía acústica.

—Esta es la mansión de la *Locura*, como dice el vulgo; yo llamaría á esto el augusto

Templo de la Razón humana. Aquí se la conserva en cuidadoso reposo, se la tributa el culto de la Ciencia, y cuando uno ha perdido este inestimable patrimonio, lo viene á recobrar aquí... Mire usted, don Pedro, cuán consolador es esto: hay una verja; pero está cubierta de follaje y flores, que esconden el hierro... Todo son jardines, bosquecillos, frutales, huertas y avenidas, sembradas de fuentes, laguitos y cascadas. ¡Qué bien se hallan en esta mansión los pajaritos! ¡Cómo manifiestan su alegría y sus amores, con sus trinos y gorjeos!... ¡Qué bellos y tranquilos esos horizontes! El monte, poblado de viñedos y pinares; allá, á la derecha, la extensa y verde llanura, surcada de canales y de un río, cuyo murmurio conducen hasta estas alturas las brisas del mar. A la izquierda, la rica aldea, rodeada de quintas de recreo, cuyos jardines contribuyen á embalsamar este ambiente; más allá, al frente, la gran capital. La vista de pájaro de que aquí se disfruta, permite seguir sus anchos paseos y frondosas avenidas, que no encuentran límite hasta el mar, esa ancha zona azul, poblada de embarcaciones de alto bordo, indicio inequívoco de un gran comercio. Aquel vigilante de granito, aquella fortaleza ciclópea, que domina el puerto, padrastró un tiempo de la ciudad que crece á sus pies, empieza á ser invadida por la urbe;... la población que hoy

comienza á subírsele á las barbas, llegará á no tardar á la cumbre; darále tratamiento de Bastilla, y sobre el portal del puente levadizo, en caracteres visibles desde la llanura, escribirá: «*Aquí se baila*». Repare usted, don Pedro, este detalle y atesore otro consuelo. Esta inscripción en letras de oro, á la entrada del edificio, contiene un poema: «*Servate l'esperanza, voi qu'entrate*»³⁰, dice. Imitación del Dante, sublime por la antífrasis, y por el sitio en que nos encontramos. La ciencia y el amor al prójimo, adúnanse aquí para combatir al mayor enemigo del hombre. La locura, con tales medios, es curable;... y su hijo de usted recobrará la razón.

—Don Agapito, es usted demasiado bueno. Oyéndole me siento aliviado... Pero, ¿no teme usted que cuando mi Eulogio saldrá de su letargo, encontrándose solo, así aislado, sin los consuelos de la familia, se ponga mucho peor? ¿Qué pensará de nosotros? ¿No creará que le hemos aborrecido, pues que le hemos abandonado?

—El gran defecto del sentido vulgar, don Pedro, en casos tales, consiste en querer juzgar



de lo que pasa una mente enferma, con el mismo criterio con que se juzga de las ideas y sentimientos de la mente sana... Las impresiones del ingreso en el asilo, son siempre favorables al enfermo. ¡Ojalá fuese posible repetir las á menudo! ¿Qué más podríamos desear para nuestro joven si, al desvanecerse el estupor en que se halla sumido, notando la ausencia de sus deudos, experimentase y expresase la necesidad de estar con ellos? ¿No sería este un signo positivo de que la sensibilidad moral recobra sus dominios?



El aislamiento frenopático es una dieta moral. Lo impone el médico, porque la experiencia le ha enseñado cuánto perjudican al paciente las impresiones exteriores y más especialmente aquellas en que nació el delirio. De la misma manera y con el mismo fundamento, se proscribe la alimentación para el que sufre un catarro del estómago, particularmente si es de esos llamados *ab ingestis*³¹. En tal caso, se establece, si no una abstinencia rigurosa, la pro-

hibición de aquellas substancias que causaron la indigestión. Cuando las fuerzas del estómago, á

beneficio de la dieta, se restablecen, ¿qué vemos? Que el enfermo apetece, y desaparecen el disgusto y repugnancia por la cosa que se indigestó. ¿Nos entristece el renacimiento del apetito alimenticio? ¿Por qué no habríamos de alegrarnos de que, en el día de mañana, renaciera en Eulogio la apetencia de la familia? La *nostalgia*³², en estos casos, es un revulsivo moral de grandísima eficacia. ¡Dichosos los locos que llegan á sentirla de verdad!... Vamos, Rosita, no llore; tenga por ahora resignación y confianza para después... El señor Director habrá acabado su visita y pronto nos recibirá... Ya verán ustedes qué persona más afable... Ya verán cuánto entiende de estas cosas, y cómo sabe consolar con esperanzas, que en sus manos tienen siempre mucho fundamento. Un instante: no quiero dejar de señalar á ustedes una curiosidad. ¿Ven aquella encina que inclina su copa, como si fuese un dosel, sobre un poyo de mampostería?... Ésta fué la primera cátedra de patología mental en nuestra Nación... Aquí concurríamos todos los días festivos los estudiantes de Medicina que, hallando un gran vacío en la enseñanza oficial,



queríamos ser imbuídos en el conocimiento de las enfermedades mentales. El doctor *Libe*, — tal es el nombre del Director, — con bondad inagotable, nos instruía en los preliminares de la *Psiquiatría*. Montaba en una mesita el microscopio,



para enseñarnos las maravillas de la estructura de los centros nerviosos; trazaba en el encerado esquemas clarísimos de las partes del encéfalo, y luego nos explicaba las causas, los síntomas y el diagnóstico de las locuras, y acababa por darnos reglas y preceptos para el tratamiento de las mismas. ¡Era una enseñanza al gusto pitagórico!... Cuando nos creía bastante fuertes en las nociones teóricas, nos acompañaba al asilo, y

ante los enfermos, nos daba lecciones clínicas, que nunca podré olvidar, y á las cuales debo lo poco que se me alcanza de esta difícilísima especialidad. El profesor tiene exposición clara, palabra insinuante y lo que podríamos llamar elocuencia demostrativa. Nunca asentaba un aserto que no lo probase con razonamientos ó por la vía experimental. De vez en cuando, sazo-

naba sus discursos con expresiones epigramáticas, decentemente veladas, que solían desempeñar el oficio de frases nemotécnicas. Al terminar la lección inaugural, nos dijo: «Mi misión es ponerlos al corriente de los adelantamientos de la ciencia, á la sombra de esta encina;... miradla: vosotros sabréis aprovechar los frutos.» — Comprendido el equívoco, á coro dijimos:

— Tantas gracias, señor doctor.

.....

— Vamos ahora á ver al Director... Yo conduciré á Eulogio.

Intervalo de llanto y gemidos de mujer. Oigo una conversación, que debe tener lugar en una estancia contigua... No la entiendo bien... Diez minutos después dice don Agapito:

— El doctor Libe, director del Manicomio... Está perfectamente enterado de los antecedentes, causas y circunstancias en que sobrevino el trastorno mental. Va á exponer á ustedes su autorizada opinión y será preciso atenerse estrictamente á sus consejos.

— Va por el mundo un error muy perjudicial: la incurabilidad de la locura. Cierto que hay enfermedades mentales cuya curación está por encima de los recursos del arte; pero, por fortuna, éstas no son las más. Hay muchas, no obstante, que no se curan porque se pierde el tiempo en remedios que no van al caso... En lugar de

proporcionar tranquilidad y sosiego en un retiro conveniente, se cree que no ha de haber cosa mejor que paseos y viajes: locura que viaja anda camino de perdición. Por fortuna, el enfermo que, por la vía de mi ilustrado colega y distinguido amigo don Agapito Zuriago, me hacen



el honor de confiar á mis cuidados, viene á tiempo y no adolece de locura incurable; lo cual es lo mismo que decir que, echando mano de los muchos remedios, positivos unos, y negativos otros, morales y materiales de que dispone el Manicomio, puedo prometer á ustedes

que en un plazo, relativamente breve, Eulogio habrá recobrado la razón... Eso sí, es indispensable que ustedes me secunden de todo en todo: es de rigor que, una vez establecida la *dieta moral* — la sustracción del enfermo á las relaciones de la familia — no se empeñen en interrumpirla. Esto se resuelve mediante absoluta confianza de ustedes en la casa y su Director. Para fortifi-

carles en este propósito, les suplico visiten detenidamente el Establecimiento, y una vez se hayan convencido de que aquí no hay rejas, ni cadenas, ni palos, ni castigos morales ni corporales para los enfermos; una vez hayan formado el concepto de que éste es un *Manicomio que no lo parece*, — pues, si bien se atiende á la seguridad de los alienados, no se usan con ellos violencias ni depresiones, — estaré yo más satisfecho de la confianza que en mí han depositado.

— ¿Ha dicho usted, don Salvador, que no pegan á los locos? — dice Rosita. — ¡Por Dios, que no le castiguen al pobre Eulogio!

— Señorita: en esta casa, semejante crueldad tiene correctivo inmediato. No digo yo levantar la mano, pero ni tan siquiera amenazar ó dirigir palabras mal sonantes á un enfermo... Esto trae consigo la inmediata expulsión del empleado que tal hace. La preocupación vulgar de que el Manicomio es lugar de castigos y privaciones, tiene fundamentos seculares: viene de aquellos tiempos en que los locos eran confundidos con los criminales; de entonces data la horrible máxima de que *el loco con la pena es cuerdo*. Lo que hacen las penas, los castigos, es agravar la locura, así como el cariño la mitiga: el trato afectuoso de enfermo, acaba por sugerir en la mente trastornada la idea de la propia enfermedad;... y el loco que conoce que lo está, anda

camino de curarse... Recibirán ustedes frecuentes noticias del enfermo: yo tendré el mayor placer en comunicárselas; podrán ustedes verle, sin que él vea á ustedes; en una palabra, señores, es preciso que se sobrepongan á los sentimientos vulgares, y que dejen guiar sus afectos por el criterio de la ciencia médica.

—Gracias por todo, doctor, —dice don Pedro. — En usted confiamos, y si hemos venido con la pena en el corazón, nos iremos llenos de consuelo.

— Agapito, — dice el doctor Libe:— ¿quiere usted hacerme el obsequio de enseñar la casa á sus amigos? ¿quiere usted conducir al joven á su habitación? La primera de la izquierda; la que está contigua al jardín.

.....



XI

LA GRAN LOCURA, Ó SEA LA OBRA DE LOS
DELIRIOS É IMPULSOS



ALIQUANDO *bonus dormitat
Homerus, y Yo, sin el
bonus, — quizás más
bien con malus, para
que á esta narración
no le faltase pelo ni señal
alguno, — también me he
dormido al arrullo de las
esperanzas de que el bueno
del doctor Libe, — que en
lengua germánica significa
amor, — ha colmado el co-*

razón de las tres personas que han
conducido á mi *ex-Yo* al Manicomio.

Claro está que, de cumplirse los tales vati-
cinios del Director, quien resultaría más be-
neficiado sería *Yo*. Destronado, *desencasado* y

desterrado, recobraría, á no tardar mucho, mi palacio, mi hacienda y mis dominios. Pero ¿es esto posible? ¿No ha de cumplimentarse el programa de las *Alucinaciones*? ¿No continúa el estado excepcional en *Cerebrópolis*? ¿No ha de consumarse en todas sus partes la horrenda orgía, la asquerosa bacanal, á que la Junta Revolucionaria llama la *Gran Locura*?

Y en tal estado de cosas, ¿quién se encarga de someter á los revoltosos, atar corto á los *Delirios*, avasallar á los *Impulsos* y echar á puntapiés á las *Alucinaciones*?... Tiene el doctor, no diré cara, pues no he tenido el gusto de vérsela, pero sí, palabras de entendido y de hombre de bien... Así que, esperanzas las tengo,... pero sólo medianas, sólo medianas;... no tantas como las han concebido los parientes.

Pero acudamos al catalejo. El sueño me habrá arrebatado, cuando menos, media hora de la función intra-cerebral.

.....

Ya están en escena *Delirios é Impulsos*: señal que se ha dado cuenta del *Programa alucinatorio*, el cual estará aprobado y lo están poniendo por obra.

.....

Campanas, muchas campanas, doblan á difuntos. Llovizna; sopla un viento muy frío. Salen de una casa negra tres ataúdes.

— ¡Padre mío!... Yo os he matado;... la culpa fué mía... Falté á la honestidad, al decoro, al honor de vuestro nombre;... fuí liviano... ¡Perdón! ¡perdón!

— No hay perdón para los hijos ingratos... Te maldeciré desde mi tumba.

Un ataúd blanco. El cadáver de Rosita, pálido, cual si fuese de cera. Al levantarse la tapa, el cadáver se incorpora; baja sobre los hombros de niñas vestidas de blanco, que la llevan al cementerio. Rosita viste también de blanco; ciñe sus sienes una corona de azahar. Adelántase indignada, terrible, con la boca abierta, ganosa de morder al autor de sus desdichas.

— ¡Malvado! — grita. — ¿Dónde está el malvado que abusó de mi amor y de mi inocencia, cubriéndome de cieno?



El terror se apodera de mi *ex-Yo*. Quiere huir; quiere gritar;... todo en vano; sus piernas están agarrotadas por las cuerdas del estupor; busca inútilmente en su garganta la voz, que se escapa, como viento sutil, por la boca del estómago.

Otro ataúd, amarillo y rojo, con vivos de cinta azul. De él se desprende una arrogante moza: al aire el cabello, al aire el cuello, al aire el voluptuoso seno. Lleva en la mano una antorcha preñada de humo resinoso. Es una furia, erótica y vengadora á un tiempo.



— ¡Malvado! — dice. —
 ¿Huyes de mí?... Quiero tus carnes, como quisiste tú las mías; quiero hacer ascuas de tus huesos y cenizas de tu corazón... Voy á convertirte en hoguera. De ti, en breve, no quedará más que la pavesa y el humo; humo pestilente, como el hedor de la podredumbre en que tú y tu cómplice fuisteis sepultados en vida.

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios poderoso!... Libradme de esa hermosa arpía... Aniquiladme ó dejadme escapar... No encuentro voz para mis dolores, ni palabras para mis pensa-

mientos... ¡Dios, Dios mío... ni movimientos para poder huir!... ¡Dios, Dios mío, acabad mi existencia!

Cantares místicos:

*Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante thronum.*

Una cruz alta, muy alta, sin faldellín; dos hileras de sacerdotes con bonete y sobrepelliz, cerradas por otro sacerdote más obeso, con capa pluvial negra, festoneada de plata, el cual empuña, á manera de pincel de argentino mango, el místico hisopo. Voces de deglución, voces de sepulturas bromatológicas, caras de sentimiento avezado á más y mucho más, por obra de la profesión... Estos son los elementos del fúnebre cortejo. Llegan á un ataúd, transversalmente colocado... Se levanta el muerto, seco, negro, podrido, casi sin carne; sólo en la cara parduzco pergamino, enmohecido; órbitas



huecas, empero fulgurantes; humeantes de gases sulfurosos las narices; repleta de llamas rojizas la boca: boca de horno de pan cocer...

—¡Que me lo traigan! —dice la momia flamígera, — ¡que me lo traigan al gran libertino, al grande obsceno! Entre en mi momia su esqueleto, y aliméntense de sus carnes los mismos gusanos que acabaron con las mías... Ven y toma... Toma y vuelve.

Y le arrima, con su mano descarnada, tan tremendo bofetón, que le estampa en bajo relieve la parrilla metacarpiana ³³... El agredido quiere huir; sus miembros no le obedecen... porque están rígidos.

—Esto es horrible, — piensa y quisiera decirlo, mas no puede; — esto es horrible... Esta momia vengadora del cementerio profanado, me ha roto la mandíbula; va á devorarme... Morir... morir quisiera ahora mismo... ¡Dios mío, enviadme la muerte para mi consuelo!

Los sacerdotes y la momia se desvanecen como sombras. Aparece el cementerio en fría soledad, alumbrado por la luna, velada por una nube cenicienta. Óyese una zampoña que toca los compases del *Miserere*. El gaitero es un demonio flacucho, negro, barba de chivo y con los indispensables cuernos, del tamaño y figura de pimentones encarnados. Al paso que toca, baila, retorciendo piernas, muslos y caderas y hacien-

do miles de carantoñas, que le sientan como á todos los de su clase. De los nichos despréndense muchos esqueletos *semovientes*. A cada uno de sus pasos, que son acompasados, corresponde un chasquido de huesos secos. Acércanse los esqueletos al gaitero y arman juntos una farándula en torno de la víctima.

— Eso más, ¡Dios mío! Me hallo ya entre los muertos, y aun crecen mis tormentos y angustias.

En este instante, un esqueleto gigantesco descarga tan fuerte palmada en el hombro del desdichado joven, que se siente dislocada la clavícula. Es tan vivo el dolor, que se siente venir el desmayo... No es, sin embargo, el desmayo lo que le va á sobrevenir...

.....



Ruido de chapuceo acuático; el interesado estornuda repetidas veces. Hasta este ventrículo... á lo largo de los cordones posteriores de la médula espinal, sube una corriente cálida... Es que nos meten en un baño caliente, fuertemente



sazonado con mostaza negra... Entran vapores extraños en *Cerebrópolis*, cuyo aroma llega hasta aquí; son vapores *clorofórmicos*: el *sulfonal*³⁴ invade, por las vías de la sangre arterial, á la revuelta *Cerebrópolis*. El delirio no es delirio: es sueño clorofórmico, que podrá acallar por

algunas horas la anarquía cerebropolitana.

Ahora sí que aumenta mi confianza. Reconozco que, por la primera, no ha sido lerdo el doctor Libe: no ha resultado estéril su intervención terapéutica. ¡Ojalá pueda recobrar mi palacio y mi patrimonio!... No llevo prisa: no estoy del todo mal aquí. La ocupación que me procuro, me preserva del fastidio.

.....

Llueven papeles en el ventrículo de mi domicilio; entran por la *hendidura de Bichat*³⁵ y deben proceder de *Cerebrópolis*. Mientras el interesado, *sulfonalizado*, bañado y sinapizado, duerme y descansa, pasaremos revista de la estafeta de *Ultrafrenia*.



XII

LA ESTAFETA DE ULTRAFRENIA



UN pliego cerrado... El sello de la Junta Revolucionaria... Se han acordado de mí;... no será para cosa buena... ¡¡Me lo han pegado con tres obleas!! Leamos:

«En uso de las facultades que le competen, esta Junta ha tenido á bien dejaros cesante, sin empleo, ni sueldo; confiscar vuestro palacio, bienes, censos y dominios, y además llamaros de rejas adentro, en el término de tres días, en el *quinto ventriculo*, *ventriculo de Cuvier*³⁶, sito entre las hojas del *septum lúcidum*, para responder á los cargos que pesan sobre vos, por abusos de poder, tiranía y otros excesos consuetudinarios; sin contar, por ahora, la cobardía con que habéis huído ante

la Revolución triunfante. No vengáis sin las orejas, pues á lo menos tendréis con que pagar las deudas de menor cuantía.

»Dado en *Nueva-Cerebrópolis* el día 30 de Octubre de 186...

»Por la Presidenta *Psicofrígida*, que está indispuesta y no puede firmar,

ANGUSTIAS.

»Vocales: *Psicocálida*, *Persecuciones*, *La Baronesa del Cogollo*.

»Señor ex Presidente de la *Conciencia*».

.
Venga de ahí, señoras mías... Ya os habréis desahogado y sea enhorabuena. En cuanto á mí, ya podéis echarme un galgo,... ó dos, ó tres, para que lleguen más pronto.

Pasemos á la prensa... ¡Jesús, qué baraúnda! Esto es un *mare magnum*. El periodismo se ha desbordado en *Ultrafrenia*. Todos estos periódicos hacen hoy su primera salida. Ahora sí que comprendo mi tiranía: por mis culpas, no se publicaba en *Cerebrópolis* más que el *Diario de la Conciencia*, que se imprimía de noche, á la hora de acostarse y después de santiguarse;... ahora cada individuo entra en funciones de Director. Habrá tantos periódicos como *ultrafrenenses*. Muchos más escritores que lectores... ¿Conocen

ustedes algún país en donde ocurra otro tanto? Veamos los títulos.

*Rolando el Furioso*³⁷.—Órgano oficial de la cisura de su nombre y circunvoluciones adyacentes.

La Ambición Nacional.— Periódico defensor de los intereses de uno mismo, sin parar mientes en el mal ajeno.

El Perseguido.—Diario dedicado á la investigación de la procedencia de las propias desgracias y á la designación de las sectas, clases y personas que nos quieren mal y causan nuestros males, para, en su día y lugar, aniquilarlas.

La Idea Fija.—Publicación incesante, que tiene por objeto barrenar inútilmente los sesos, en detrimento del sueño y del descanso.

Il Saltarello.—Semanario festivo, que aborrece la estabilidad y que no hará nada de provecho, porque carece de atención.

La Incoherencia.—Publicación ilustrada, que se propone romper las cadenas de los juicios, presentándolos desligados entre sí y dando mu-



cha bronca con los disparates que de este galimatías resulte.

La Miseria Voluntaria.—Se publica en papel de estraza, para estar más en carácter, ya que

su objeto no es otro que demostrar la ruina en medio de la opulencia, el desdoro en el colmo de los honores, y la imbecilidad en los esplendores del saber y del talento.

La Fe.—Se publica sin comentarios, por no consentirlo sus artículos.

La Gran Palinodia.—Órgano de los arrepentimientos seguidos de penitencia y acompañados de irresistibles conatos de reincidir.

La Hipocondría.—Hebdomadario clínico de todas las enfermedades que puede concebir

la propia mente insana, ilustrado con gusanos, serpientes, cabildos, concilios, ejércitos, navíos, escuadras y demás bichos que pueden imaginarse albergados en las vísceras abdominales ó torácicas y aun entre cuero y carne.



El Purgante.—Suplemento de *La Hipocondría*, que aparecerá en tiempos oportunos, ó de grande estreñimiento.

Lo Spavoritto.—Diario italiano, que enseñará la manera de escamarse al menor peligro, al más leve movimiento y al más insignificante ruido.

Basta ya; basta de papelotes. Todos tratarán de lo mismo: de la *Gloriosa Revolución* y de la *Gran Locura*, la fiesta popular, en que van á gastarse lo que no tienen los míseros *ultrafrenenses*. Cada *quisque* echará su cuarto á espadas y se despachará á su gusto, á *despecho* de todas las literaturas. Veamos qué dice el *Rolando*, que debe ser el más furibundo:



«GRAN LOCURA... GRAN FIASCO

» Los pueblos son como los hombres: deben regocijarse privada y públicamente. Las fiestas nacionales entonan el espíritu de la población y deben efectuarse á menudo y con mucho esplendor.

» Nuestros plácemes, desde este punto de vista, á la Junta Revolucionaria, ya que con la celebración de una *Gran Locura*, se ha propuesto

dar un testimonio irrecusable de lo bien acogida que ha sido la Revolución. Mas, si el pensamiento en sí mismo ha sido bueno, á todas luces plausible, intachable, digno de encomio, merecedor de alabanzas y hasta acreedor á los honores de pasar á la posteridad, la manera de realizarlo, de llevarlo á cabo, de ponerlo en práctica, de ponerlo por obra, nos parece indigna, impropia de un gran pueblo, mezquina, extemporánea, improcedente, inoportuna, tonta, estólida y hasta diríamos estúpida.—Más que el articulista, no puede ser.—

»¿Qué sacarán, en efecto, del *programa alucinatorio*?... Una locura triste, penosa, angustiada, melancólica, lipemaníaca, mística, funeraria, oscura, sin luz, sin vida, cadavérica, en fin, y mal sonante. — ¡Habrá ramplón! — En casos tales, que lo son de júbilo, alegría, contento, satisfacción, expansión, esparcimiento, plenitud de ánimo y ensanchamiento de los corazones, era sólo procedente una locura loca, festiva, turbulenta, exaltante, irritada, habladora, gritadora, mordedora y hasta apaleadora y matadora.

»Se dirá que, dado el estado de *estupor* en que quedó constituída la capital, no había forma de entrar con locuras que no fuesen de carácter lipemaníaco; pero entonces, ¿sobre quién recae la responsabilidad de la declaración del *estupor*, que los modernos llaman *frenoplexia*? ¿Por qué

lo estatuyó la Junta Revolucionaria? ¿Cuál de sus miembros concibió tan peregrina idea? El país tiene derecho á pedir estrecha cuenta de una determinación que le sume en la más triste impotencia, precisamente á raíz de la gloriosa conquista de su anhelada libertad..., y esta cuenta la pedirá.

» Ultrafrenenses: ¡alerta! ¡ojo alerta con los que nos des gobiernan! Por el camino que andan, no hay locura para cuatro días... Sepan todos, que en la Cisura de *Rolando* y *Circunvoluciones adyacentes*, que, aun cuando indignamente, tenemos la honra de representar en el estadio de la prensa, no se agotarán los bríos para llevar á cabo obras más completas, más perfectas, más agradables, más macizas, más sólidas y más duraderas».

El artículo no está firmado: lástima; el autor, que será sin duda el Director del periódico, entra en el aprendizaje con buena sombra: dudo que le salga digno rival en el género *macarroniano*.

Veamos *La Incoherencia*... Sobre el mismo tema:

«¡GRAN LOCURA!... ¡GRAN BUÑUELO!

» Repercutido el sonido prepotente de la trompa épica de la libertad domiciliaria; sembrados

de gloria los feraces campos del noble país en donde gime la verde amapola, suspira el rojo jazmín y se extasía el imberbe peregrino que no ha llegado á saborear el ázimo bendito de la intransigencia purísima, converge todo hacia la antítesis histórica de la Filosofía y el Derecho del Derecho y la Filosofía... »

Suficit... que si para muestra basta un botón, aquí ya hay sobra de borbotones. El papel de *La Incoherencia* cumple á maravilla su elevada misión...

Paréceme que de nuevo comienza la zambra en *Cerebrópolis*. Se habrá desvanecido el sueño clorofórmico... Vayamos al monóculo, y continuemos las MEMORIAS.



XIII

CONTINÚA LA GRAN LOCURA Ó SEA LA OBRA
DE LOS DELIRIOS É IMPULSOS



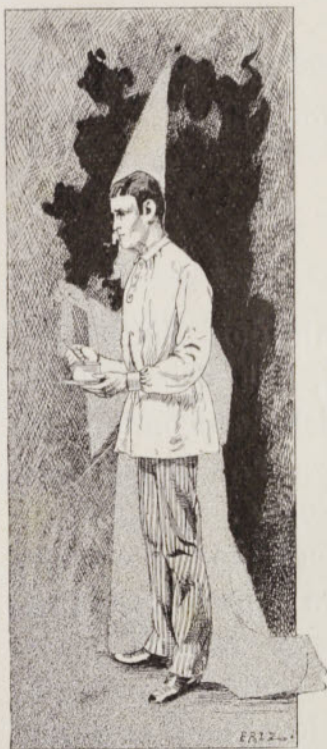
ON Eulogio! ;don Eulogio!—
dice uno, que debe ser ca-
marero del Manicomio.— Es
hora de cenar... Tomará us-
ted una sopita.

El interesado sigue impo-
tente para expresar sus pen-
samientos y realizar movi-
mientos voluntarios, pues aun
no se ha levantado el estado
excepcional en *Cerebrópolis*.

— Lo que aquí se consigna son los pensamientos
y voliciones frustradas, vistos unos y otras desde
dentro, en el ex palacio de la Conciencia, en
donde siguen, congregados y de nuevo en activo

servicio, Delirios é Impulsos, para llevar á su término el programa alucinatorio.

— ¡Cómo pesa mi cabeza, y al mismo tiempo qué vacía me la siento!... ¿Quién anda ahí?... Ese traje te delata, nigromántico envenenador. ¿Vas á estrangularme con ese cinturón que ciñe



tu cuerpo?... Ten piedad de mí... Yo no te he ofendido... ¡Ah! vas á darme el veneno... No lo niegues... En vano lo mezclas con la sopa... He visto como echabas en el plato los mortíferos polvos... No me toques... No toques mis vestidos... Me envenenas por la piel... Todo es polvo; todo es veneno... No; yo no pruebo este manjar... He visto el polvo.

— Vamos, don Eulogio, pruebe una cucharada;... verá qué rica está la sopa.

— No te acerques... Como me toques á los labios, te muerdo... ¡Morder!... ¡Dios mío!... ¡Si ní morder me es dado!...

— Otra cucharada;... pasó bien la primera... Verá qué bien le sienta.

— ¡Infame!... Me ha envenenado... ¡Oh! el asqueroso polvo... Polvo de momia venenosa. ¡Qué gusto á huevos podridos! ¡Qué sabor de hiel y vinagre! ¡Qué hedor de cadáver descompuesto y de tripas de gusanos de sepultura!... Cunde por mis venas el veneno... Me muero... ¡Ya estoy muerto!... ¡Muerto y enterrado!... ¡Ah! la trompeta... Otra trompeta... Otra... ¡Cuántas trompetas!... Son las del juicio final... ¡Qué llanura!... Es inmensa... No tiene límites... No se divisa un monte, ni un árbol, ni una hierba, ni una mata... La tierra suspira... En cada uno de sus ayes, se abre una grande grieta en ese erial inmenso... Todo el suelo está sembrado de sepulturas. Abren los muertos sus tumbas: acuden al llamamiento de las trompetas... ¡Es el valle de Josafat!... ¿Quién impele á esas calaveras? Brotan y rebotan en el suelo, cual si fuesen enormes bolas de marfil... Se dirigen á mí;... me amenazan con los dientes... Mascan... ¿Qué comen?... ¡Es estiércol de las mulas de nuestra alquería!... Crujen sus dentelladas. De vez en cuando, al rumiar, crujen sus descarnadas dentaduras... ¡No me maltratéis!... Soy de los vuestros... Voy con vosotros al Juicio final... No rehuséis mi compañía... Soy de los vuestros... Voy á rendir á Dios cuenta de mi gran pecado... ¡Clemencia, Dios mío, clemencia!... ¡Era tan joven!... Esas figuritas de á dos palmos, salen también

de las entrañas de la tierra... Vienen de las tumbas... Caballeritos con frac y clac y señoritas con vestidos rozagantes y abanico, se dan el brazo: ellos son los *fémures*, ellas las *tibias* de las calaveras, que acuden desalados al inmenso valle... ¡Desdichado!... ¡Yo, para mis huesos no tengo vestidos decentes!... ¿Cómo iré con ellos ante la tremenda Majestad de Dios?... ¡Soy un



esqueleto y aun tengo tripas! Siento correr el veneno por mis intestinos... Siento el gusano... Coletea, sube, baja, se retuerce sobre sí mismo... Crece... crece... Es ya una serpiente... serpiente de cascabel... Me sube á la garganta... ¡Qué peste! ¡Qué asco!... Oigo la sonaja... El cascabel de la serpiente me desgarran los tímpanos... Ahora mete su sonora cola en mi cráneo, por el oído derecho... No hay duda, eran polvos de momia con esporos de gusanos. ¡Qué pronto han germinado! ¡Cuán rápidamente se ha efectuado la metamorfosis de los *microbios*! ¡Qué enorme desarro-

llo! Pronto el reptil no me cabrá en el cuerpo... ¡Otro gusano, Dios mío, otro gusano! Este es

más terrible aún. Se me introduce en el corazón... Le siento ahí;... me muerde; me roe la entraña; se me come la carne del corazón y me la va convirtiendo en carcoma... No tengo duda: es el gusano roedor de los remordimientos. El polvillo que de mi corazón extraen sus mandíbulas, se mezcla y corre con mi sangre. Aquí lo siento;... me oprime en la boca del estómago;... aquí... aquí... un ardor, ... un ascua de fuego, ó ácido sulfúrico... Suben vapores agrios;... quisiera vomitar;... no encuentro alientos para el vómito... El remordimiento corre por mi sangre;... se desparrama por todo el cuerpo... Siento remordimientos en las manos, en los brazos, en las piernas y en los pies... ¡Dios mío!

¿Qué es esto?... ¡Ser muerto y padecer tanto!...
 ¿Estaré en el infierno?... ¡*Salva me fons pietatis!*

.....

Nuevo chapuceo cálido y sinapístico. Reingreso del vapor clorofórmico en *Nueva-Cerebrópolis*... General escama en los miembros de la asamblea frenopática, á los gritos de:



«¡El vapor! ¡El vapor!... Huyamos; vuelve el vapor... ¡Sálvese el que pueda!»

Desfile á diestro y siniestro... Los *Delirios* corren á las circunvoluciones cerebrales; los *Impulsos* se dirigen á los *cuerpos estriados*... Unos y otros huyen á la desbandada.

Una voz.— Volved así que haya pasado el chaparrón... Se continuará.

Otra vez el camarero y el doctor Libe, cuyas voces me son bien conocidas... Oído á la caja, la *caja del tambor* acústico. Abandonemos el monóculo, puesto que en *Cerebrópolis* ocurre un fenómeno inusitado... ¿Qué ocurre?... Pues ocurre... que no *ocurre nada*. No se siente, ni se piensa, ni se quiere;... ni tan siquiera se duerme... Más negación de funcionamiento no es posible imaginar.

— Es preciso, — dice el doctor Libe, — es preciso aprovechar la sedación que va produciendo el baño, para administrar alimentos... Pepe: la sonda, un buen vaso de leche, una taza de caldo, reforzado con extracto de carne, y un vaso de vino... Aguanta firme la cabeza;... no hay cuidado de las manos: el mal se las tiene agarrotadas... La sonda... Ya pasa;... va bien... Más atrás la cabeza;... ahora adelante... Ya está en el esófago;... ya ha penetrado en el estómago... Echa, Pepe, echa... Bueno;... bueno... ¿Cuándo se le dió el sulfonal?

— Hace media hora.

— Pues van á principiar los efectos... Vestirle y á la cama... Dadle luego el bromuro y dejadle dormir... En cuanto despierte, me avisáis... Quiero yo mismo darle la ducha escocesa... Deseo asistir al *deshielo* de este cerebro...

.

Lector: porque lo exige la equidad y porque lo merece tu exquisita benevolencia, se da el caso de concederte un descanso. Hasta aquí, he dormido *Yo*, cuando me ha tocado el turno; mientras *Yo* dormía, velaba mi *ex- Yo*... Tú siempre despierto y cuidadoso de leer estas MEMORIAS... No quiero enajenarme los sufragios de tu indulgencia, de que tanto necesito. Mientras duerme mi *ex- Yo*, puedes dormir tú... y *Yo* también... ;Hasta otro rato!



